

*Los Italianos en Arequito*

*Sociedad Italiana  
de Socorros Mutuos  
Vittorio Emanuele III*

---

*90° Aniversario  
1912 - 2002*

## Prólogo

Pensar en el aporte de nuestros corajudos inmigrantes es sin dudas revivir el pueblo que hicieron. Interminables imágenes no cesan de aplaudir a la nostalgia: son las cosechas que movilizan el pueblo; las máquinas trilladoras desgranando las parvas de trigo; la juntada de maíz que se lleva la gente y las escuelas quedan con la mitad de alumnos. Y por la estación pasan cada vez más trenes; el cereal embolsado llena los vagones que van al puerto. El pueblo se llena de sulky's y caballos que se atan frente a los negocios y boliches. De madrugada los carros y los lecheros recorren el pueblo llenando ollas y lecheras; Mangiarresina con dos o tres vacas ordeña a media mañana y por la tarde las jardineras de los panaderos reparten a domicilio varillas, pan francés, galleta criolla y la galleta italiana. También salen con el reparto por el campo. Hay algunos autos particulares y de alquiler. Los camiones de Bogino, García y de Imaz traen las bolsas de chacra a galpón y por ahí ocupan la calle los carros de Rafael y Perico Bustamante, del petiso Barón... Los carros van y vienen al río trayendo arena. En la década del 40, una novedad: el coche motor, que unía a nuestro pueblo con Buenos Aires y Río Tercero. La llegada del tren, que pasaba dos veces todos los días, era además de un espectáculo, una obligación para muchas personas. Se juntaba mucha gente. El empleado de correos llevaba y traía sacos de correspondencia, no faltaba personal policial o de las grandes casas de comercio que podían recibir mercaderías. Según las horas, el changador y a veces Don Adolfo Bramante con su camioncito Fiat. Por supuesto los autos de alquiler (taxis): Salazar, Don Luis Simonetta, Don Pedro Tarditti y alguno más. Estaban los que acompañaban a los que partían y los que esperaban a los que llegaban. No faltaban damas y caballeros bien informados, aunque llueva o truene...

Y siguió la vida, pasaron los años y no todo cambia para mejor... Cambiaron las costumbres.

Eduardo Larrambebere (Pocholo)

*Con este libro, la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos Vittorio Emanuele III, de Arequito, en el año del 90° aniversario de su fundación y de la 70ª conmemoración de la inauguración de nuestro edificio Cine Teatro Rossini, rinde un sincero homenaje a ese bastión de infatigables y honrosos hombres de porvenir, que llegados sin nada de Europa más que su cultura de trabajo, inculcaron la prosperidad a nuestro amado suelo. A ellos, y a sus descendientes...*

Dos realidades.

### *Europa castigada.*

La población europea creció ampliamente a lo largo del siglo XIX, alcanzando niveles problemáticos en las últimas décadas de esa centuria. El heterogéneo nivel de desarrollo económico de aquellos países no pudo, en ningún caso, absorber el exceso poblacional. En los estados donde el proceso de industrialización pudo plasmarse en un corto lapso de tiempo, muchas personas perdieron el trabajo suplantadas por las máquinas. En cambio, en los países que aún conservaban la economía rural y las estructuras sociales tradicionales, el hacinamiento y el hambre eran la constante sufrida.

A diferencia de causas coyunturales, la incrementada masa poblacional adoptaba las mismas penurias en toda Europa: falta de trabajo, salarios bajos, escasez de tierra para cultivo y hambre.

Particularmente en Italia, una tierra conquistada por los imperios de la época, la sucesión constante de guerras, revoluciones y levantamientos armados independentistas a lo largo del siglo XIX, infundió un sentimiento desolador que se sumó a la miseria extrema soportada por el pueblo. Los enfrentamientos bélicos diezmaron a las familias, carecía el alimento, la ropa y la formación educativa de los niños. Así, las expectativas futuras parecían cada día más inalcanzables y se abrumbaban con la amenazante sombra de las guerras mundiales.

### *Argentina, tierra propicia.*

A partir de 1850, la economía de nuestro país comenzó a integrarse paulatinamente al mundo con el desarrollo de la explotación ovina, actividad difundida en las fértiles tierras de la llanura pampeana, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, mientras que en Santa Fe predominó la producción de trigo. Más tarde, en 1880, el acceso a un ganado vacuno refinado se acompañó con el auge de esta producción y el asentamiento de frigoríficos extranjeros. Las crecientes exportaciones a Europa de lana, cereal y carne posicionaron a la Argentina como gran proveedora de alimentos y de materias primas a los países del viejo mundo que finalizaban su proceso de industrialización. Esta nueva realidad transformó notable y rápidamente a la región pampeana e instó al gobierno a generar políticas capaces de expandir la superficie agropecuaria para multiplicar así las ventas al exterior.

Era necesario poblar el vasto suelo de la República. En este sentido, el Estado impulsó una intensa acción internacional para captar pobladores europeos dispuestos a emigrar a la Argentina. Los principales autores de esta intención fueron

Domingo Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, cuyos pensamientos se basaban en el modelo colonizador norteamericano. Querían distribuir en nuestro país a inmigrantes del norte europeo porque pensaban que tenían atributos superiores. Alberdi decía: "Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno (...) es necesario fomentar la población anglosajona. Ella está identificada al vapor, al comercio y a la libertad".

La llegada de los inmigrantes.

## *La inmigración.*

El proceso inmigratorio promovido por el Estado se inició en Argentina en la década 1860. En su primera etapa, el gobierno auspició el nacimiento de colonias de pequeños y medianos propietarios llegados desde el norte europeo, a quienes se les entregaba la tierra en forma gratuita o mediante préstamos muy accesibles. No obstante, este tipo de colonización no pudo consolidarse debido al interés de los terratenientes, que vieron aprovechable el aumento del precio de la tierra y de los arrendamientos frente al crecimiento de una clase media rural demandante.

El 6 de octubre de 1876 fue sancionada en la República Argentina la ley de Avenencia N° 817 de Inmigración y Colonización. Esta norma favoreció el ingreso de inmigrantes, promoviendo en Europa una magnífica campaña propagandística sobre las virtudes del suelo argentino y las ventajas de colonizarlo, además de crear y organizar instrumentos para agilizar el proceso. El gobierno abrió agencias en el Viejo Mundo y acordó rebajas en el precio de los pasajes en barco para los inmigrantes. Además montó un complejo edilicio contiguo al puerto de Buenos Aires, denominado "Hotel de inmigrantes", sitio donde arribaban los europeos apenas desembarcaban en América.

Los pasajes de barco en tercera clase eran, para los indigentes del Viejo Mundo, una garantía cierta de embarcarse hacia la esperanza. La Argentina que lo tenía todo enfundaba un destino de bienestar que en la patria de ellos aparecía mezquino. El lejano país del sur ofrecía tierra para cultivar, trabajo, alimento y paz. Por esto los carteles que invitaban a viajar a América enardecían el augurio y pronto los hombres y mujeres empezaron a convencerse de que la distancia impensada a través del desierto de agua y lo desconocido de otras latitudes, significaba apenas un parpadeo digno de superar. En las ciudades, en los puertos, todos hablaban de poblar "el Granero del Mundo".

Argentina fue el país latinoamericano que recibió mayor cantidad de europeos. La población extranjera en nuestro país era, en 1869, de 210.300 personas. En el año 1895, la cifra ascendió a 1.004.500. Para esculpir una idea de la magnitud del fenómeno, únicamente en 1886 arribaron 65 mil inmigrantes.

## Los italianos en Arequito

En el departamento Caseros, donde se sitúa Arequito, los censos poblacionales de 1887 y 1895 denotan la significativa presencia de extranjeros con edades entre 6 y 50 años. Cabe destacar que en 1869, Caseros albergaba a 4 mil habitantes, pero en 1887, la cifra de pobladores era cuatro veces mayor. El máximo de población extranjera se registró en 1895, alcanzando el 41 por ciento del total de habitantes, número que fue decayendo en los años subsiguientes. De cualquier manera, el



*Nunca en la historia se habían producido movimientos de pueblos tan importantes como los del siglo XIX, que le significaron a Europa el desarraigo de 50 a 60 millones de almas. Entre 1857 y 1950 llegaron a Argentina un total de 3.425.073 inmigrantes. De ellos, el 50,6 por ciento fueron italianos.*

**¿Quién era inmigrante?:** de acuerdo a la definición de la Ley de Avellaneda, *inmigrante* era "todo extranjero, artesano, industrial, agricultor o profesor que, siendo menor de 60 años, y acreditando su moralidad y sus aptitudes, llegase como pasajero de segunda o tercera clase en una nave de inmigrantes con la intención de establecerse en la República Argentina".

**¿Cuánto dinero demandaba viajar?:** el precio de los pasajes en barco había disminuido notoriamente en la época de la inmigración. Cuando en el año 1825 un viaje desde Londres a Nueva York costaba 20 libras esterlinas, su valor en 1863 había descendido a 4 libras esterlinas y, en 1890, se tasaba 3 libras esterlinas.

**¿Eran viajes prolongados?:** los barcos de vapor tardaban entre 12 y 18 días para atravesar el Atlántico con destino a Buenos Aires.

predominio neto del extranjero sobre el argentino se mantuvo hasta avanzado el siglo XX. Específicamente en Arequito, un análisis realizado en 1911 por el cura Domingo Pugliese, indica que la colonización se inició en 1881, año a partir del cual se tienen registros de los primeros asentamientos de colonos, casi todos italianos. Ya a mediados de esa década, el total de habitantes de la colonia ascendía a 1200 personas, cantidad que se multiplicaba durante la cosecha, por el arribo de los trabajadores golondrinas desde otras zonas del país y de Europa.

El proceso de la inmigración tuvo dos grandes momentos en Argentina. El primero y más importante se extendió desde mediados del siglo XIX hasta 1930, cuando fue frenado por la crisis depresiva mundial. Luego, un segundo movi-

miento se produjo hasta la década de 1950.

Los principales grupos étnicos llegados y establecidos en nuestro país, fueron: italianos, españoles, croatas, sirio libaneses, rusos, armenios y en menor cantidad ingleses, franceses, alemanes, polacos y suizos. Según la Dirección Nacional de Migraciones, Italia concretó a nuestra nación el mayor aporte de gente, representando el 50,6 por ciento del total de los venidos en el periodo 1857-1950. La secundó España con el 37,2 por ciento. Entre todos ellos, predominaban las edades aptas para el trabajo y el sexo masculino sobre el femenino.

La novela "Historias de mis pagos", del arequitense Juan Alberto Larrambeberé, en su capítulo 9 resume con magia el momento de la inmigración:

*... Cuando comenzó la gran inmigración, hacía unos años que estábamos acá. A fines de siglo empezó a llegar mucha gente. La gran mayoría atraídos por la propaganda de la suerte de sus paisanos o parientes en estas tierras y por la miseria en las otras. Había de todo un poco. Eran épocas de decadencia de las monarquías. En Europa, los ricos eran muy ricos y los pobres muy pobres. Los viejos conservadores jugaban con la miseria de la pobre gente y se hablaba del liberalismo económico. Mi papá decía:*

*- Liberalismo es soltar al zorro en el gallinero. (...)*

*Llegaron hombres solos, con la esperanza de poder traer alguna vez a la familia. Algunos traían a los hijos mayores. En muchos casos, nunca pudieron juntarse. Llegaron hombres con ansias de riquezas y por aquí, en América, ya no había más oro ni riquezas. Se los habían llevado los españoles.*

*También muchos jóvenes, obligados a emigrar escapando de alguna guerra o por el mayorazgo en boga en Europa (una forma de no dividir el capital de la familia), buscaban un futuro mejor. Miles y miles de exiliados económicos, llegaban heridos de bronca, con heridas que no cerraron jamás. Cada uno traía consigo la esperanza de cambiar su destino...*

La guerra fue el motivo decisivo que alentó el ánimo de emigrar. Este factor se repite una y otra vez cuando se indaga en la vida de los inmigrantes, sobre todo en aquellos venidos en el siglo XX. El concepto ha sido "escapar" de la posibilidad de vivir otra guerra mundial. Casi todos padecieron ese flagelo, sea durante la Primera o la Segunda Gran Guerra, pero fueron los hombres quienes eligieron evitar otro calvario igual, no sólo por ellos, sino fundamentalmente pensando en sus hijos varones. Escapaban por la falta de garantías de que perdurara el proceso de paz alcanzado. Además la post guerra enfatizaba la miseria y prolongaba el espanto de los frentes de combate, expresados en las poblaciones en la dualidad desgarradora que se producía cuando a medida que pasaba el tiempo del cese de fuego y llegaban los soldados, algunas familias festejaban durante varias noches el arribo de sus seres queridos, mientras a través de las paredes agrietadas de casas vecinas se filtraba el

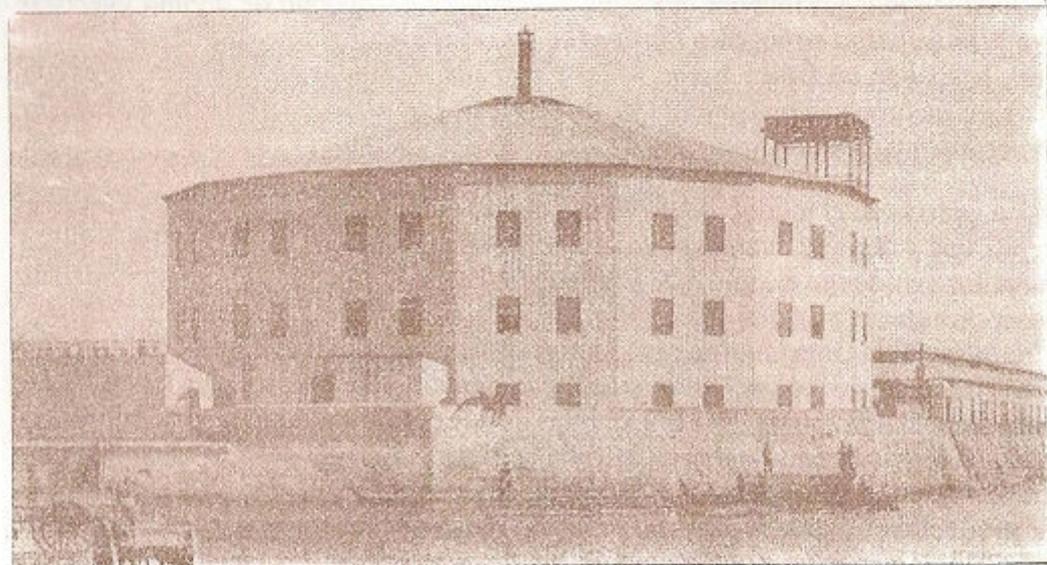
llanto desconsolado de niños y mujeres por la muerte de su familiar.

## *De Italia al Nuevo Mundo.*

**L**os italianos conformaron el grupo más numeroso de inmigrantes que llegó a Argentina. Hasta el año 1894 provinieron especialmente de regiones del norte de la península; eran los piemonteses, lombardos y toscanos, quienes zarpaban desde el puerto de Génova. Más tarde, emprendieron el mismo desafío napolitanos y sicilianos. Piemonte, la región que quizás padeció mayores reveses por la guerra y el hambre, aportó el caudal inmigratorio más importante.

Cuando los inmigrantes arribaban a nuestro país, los recibía la imagen imponente de un edificio casi circular, erguido en medio de un desierto plano, a la vera de un río de agua oscura, pero tan extenso como la mar que los había acompañado en la travesía a la cual se habían empeñado físicamente dos semanas antes. Contiguo a la Dársena Norte del puerto de la ciudad capital, allí los buenos aires se asomaban a los osados europeos. Pisaban América. Otra vida se avecinaba, distinta a la anterior, y distante. Los recuerdos de la patria y de la familia que se quedó, como si se tratara de una muerte en vida que el inmigrante eligió sufrir, eso, así de lastimoso y latente, iba a ser el tributo por esa oportunidad nueva que iniciaban, un espectro fantasmal que llevó a varios a embarcarse con destino inverso.

Previo a descender del barco, médicos e inspectores de inmigración recibían al contingente. Como requisitos les exigían: cumplir con un certificado médico de



*Hotel de Inmigrantes, en Buenos Aires. Principios del siglo XX.*

buena salud, con un certificado de buena conducta y otro de aptitudes laborales. En este último se especificaban las habilidades laborales de cada inmigrante; en la mayoría de los casos, aparecía el término "contadines" (chacareros), si bien los oficios originarios eran múltiples.

El Hotel formaba parte de un complejo que además incluía una oficina de trabajo, un banco y un correo. Por ley, cada inmigrante contaba en ese lugar con cinco días de estadía, comida y servicios gratuitos, periodo en el que podía completar las tramitaciones para *acomodarse* en el nuevo país. Cada huésped poseía una tarjeta numerada que usaba para entrar y salir de las instalaciones. El hotel disponía en planta baja de un gran comedor. En el primero, segundo y tercer piso se situaban los dormitorios colectivos. Eran cuatro salas por nivel con 250 camas cada una. En total, podían dormir 3 mil personas. En un sector apartado, un depósito facilitaba el resguardo del bagaje; los inmigrantes solían traer consigo, además de grandes bultos de ropa, frazadas, mantas, colchones, comida, animales y maquinarias. Por otra parte, en una Oficina de Registro, los europeos debían dejar constancia de su nombre, profesión, origen y procedencia, entre otros datos. También, un hospital brindaba atención profesional a quienes sufrían malestares y enfermedades propias de la navegación. En la planta baja funcionaba la sala de guardia y una farmacia, mientras que en la planta alta estaban los sectores de internación, cirugía, rayos y otras dependencias.

El abanico de personalidades de la gente se traduce en nuestros días en una cosecha de diversos pareceres respecto de la atención que propiciaba el Hotel de Inmigrantes. Para muchos, no era más cosa que una "cueva sucia", donde los empleados enfatizaban malos tratos hacia el huésped, propios de la esclavitud. Otros fueron muy agradecidos con esta primera estancia en el país y refirieron que la comida y el ambiente eran amenos e incluso nostálgicos de la Europa.

Uno de los principales inconvenientes que se suscitaban en el predio, como antesala de la futura convivencia del inmigrante en el país, tenía relación con la variedad idiomática. La diversidad de lenguas de los contingentes interactuaba dificultosamente con el idioma de los argentinos, fenómeno que potenciado por la condición analfabeta de muchos, generaba serios problemas de comunicación. En principio, como resultado de esos accidentados vínculos, se tergiversaban las identidades a tal punto que existía un antes y un después de la Oficina de Registro: el inmigrante entraba con un apellido y salía "literalmente" con otro.

Si bien muchos europeos llegaban a estas tierras por recomendación previa de familiares o amigos que habían venido tiempo antes y ya se encontraban asentados en algún confín de esta extensa República, muchos carecían de cualquier contacto. Para ambos casos, y en especial para las personas que reunían la segunda característica, en el Complejo era posible acceder a traductorado y asesoramiento sobre rutas a abordar para desplazarse al interior de la Argentina, sea en barco, tren o carros tirados por caballos, como así también orientaban en cuanto a costos y

ubicación de pueblos y colonias.

## *Destino Arequito.*

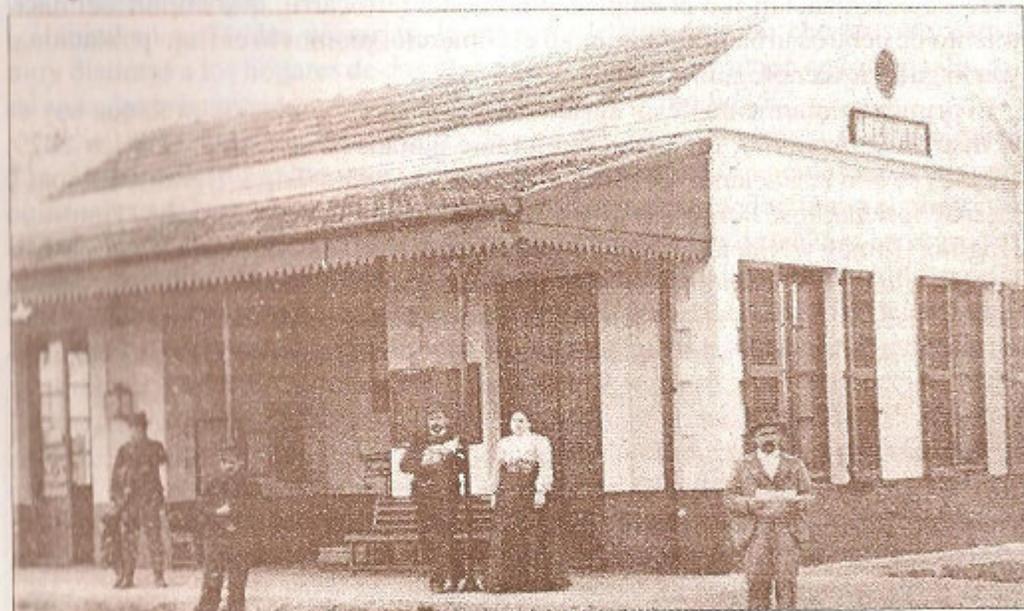
**M**uchos eligieron Arequito como principio de la nueva vida. En estos casos, venían siguiendo la invitación tentadora de familiares o amigos ya instalados en el distrito. Para esta gente, las cosas iban a ser duras, pero contaban con la solidaridad y el aval que los suyos, ya afincados en este ámbito, les propiciaban como un deber necesario.

Otros se sumergieron en América exangües de medios para enfrentar el porvenir. Sabían, a ciencia cierta de corazón, que cualquier realidad iba a ser mejor que la europea. Arribaban sin conocer a nadie ni tener la mínima referencia de personas, geografía e incluso desconociendo el idioma castellano. Simplemente siguieron el rastro de sus paisanos. El estar cerca de gente que hablaba su propia lengua, que compartía sus costumbres y sufría el dolor de la nostalgia por el mismo puñado de patria, terminaba aliviando la desolación y cercenando el trago amargo del volver a empezar en un país tan diferente, donde la nada absoluta se llamaba pampa y la tierra pretendía ser el complemento de los cerros, el bosque y los poblados pintorescos, cómodos y modernos de la añorada Europa. Alcanzar la rápida socialización con el entorno era la clave del forastero, aquí apodado "gringo", quien cargaba con el peso inmensurable del destierro absoluto, ese nunca más a los afectos, a los rostros, a las voces, a los aromas...

Los inmigrantes que llegaron en el siglo XIX, antes del tendido de las vías férreas, no sabían que se dirigían al distrito Arequito porque todavía no existían el pueblo ni la colonia. Sólo aparecía ese nombre raro como un mojón vestigio de un pasado reciente. Éstos recorrieron el río Paraná aguas arriba hasta Rosario. De allí se hundieron en el infinito camino de las postas en carros tirados por bueyes o caballos. En cambio, los llegados en la época del ferrocarril, finalizando el siglo XIX, se trasladaban desde el Río de la Plata hasta Rosario en portentosos convoyes a vapor. En esa ciudad transbordaban al Ferro Carril Oeste Santafecino que, a partir del 7 de noviembre de 1887, los dejaba en la estación Arequito, el puerto de un caserío que empezaba a aflorar desafiante a su alrededor.

Un hito en nuestra zona merece destacarse. La Colonia Candelaria, actualmente Casilda, surgió en 1870 producto de la visión colonizadora de don Carlos Casado del Alisal, sobre la base del loteo de tierras de su pertenencia que vendía o arrendaba a familias argentinas y en su mayoría provenientes de todos los confines de Europa, quienes dominaban conocimientos sobre trabajo rural. Fue ese mismo hombre quien impulsó la realización del ramal del Oeste Santafecino, cuya línea Rosario-Casilda fue habilitada en el año 1883, acelerando la ocupación de la toda el área de influencia. De esta manera, el circuito más usual de los inmigrantes tenía como asidero básico la Colonia Candelaria; ahí se ubicaban en una primera etapa hasta

que, transcurrido un tiempo, se mudaban a campos de la región, entre los que se encontraban los de Arequito. Los motivos del traslado eran dispares: en general se debía al interminable trajín que protagonizaban los arrendatarios en su carrera por conseguir precios más aceptables y condiciones menos feudales en sus contratos. También la compra de parcelas propias empujaba a los campesinos a cambiar de ámbito. Otras veces la relación social y las amistades entabladas por los gringos trabajadores con personas ya establecidas en el país, les permitían alcanzar recomendaciones de trabajo en chacras aledañas o lejanas, oportunidades éstas que el inmigrante no dejaba escapar.



*La estación Arequito del ferrocarril era, desde 1887, el recibimiento que esta tierra le brindaba a las osadas y ajenas familias. El incipiente pueblo se alzaba alrededor.*

Las características de lo urbano y lo rural, en los albores de nuestro Arequito, no solían revestir demasiados antagonismos. La constante entre un medio y otro era el extremo desafío que implicaba echar raíces en ellos. No había nada; evidentemente, apremiaba “hacer la América”.

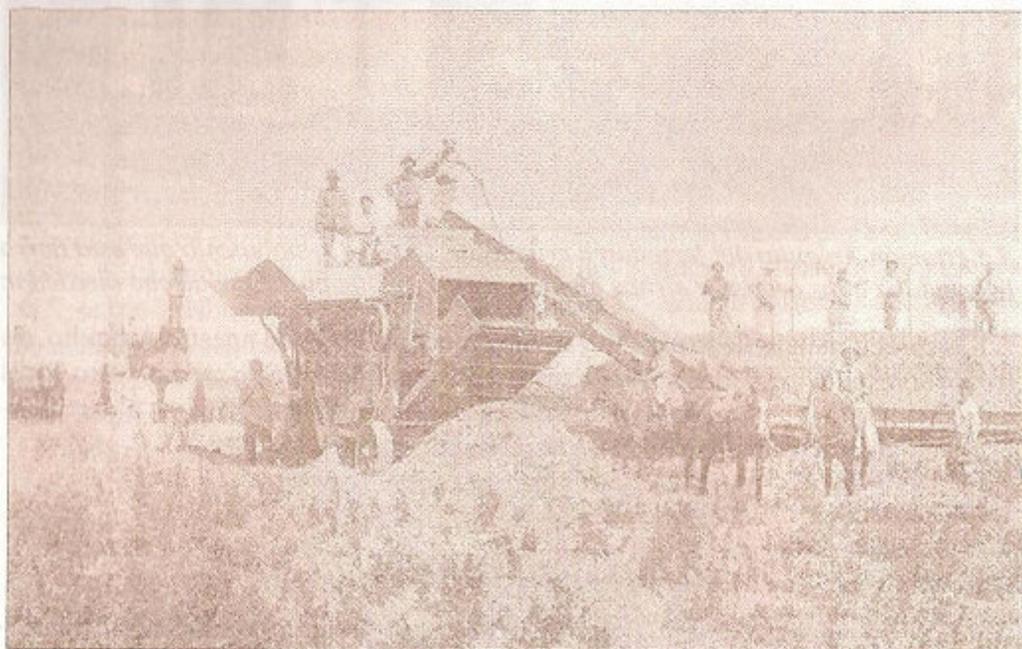
El aporte de la inmigración.

*El campo, ofrenda latente.*

**A**nte todo, el inmigrante llegó a ocupar el espacio rural que hacia la década de 1870 era utilizado por una ganadería ovina extensiva, natural, desarrollada por escasos pobladores dispersos en la llanura. La

recepción del europeo, a partir del decenio siguiente, produjo un cambio significativo y radical en estas tierras: se afianzó la producción agropecuaria, en constante crecimiento; engendró un mercado productor de suma relevancia, ligado al mercado exterior (prueba de ello es la primera exportación argentina de trigo cosechado en la zona de Colonia Candelaria, el 12 de abril de 1878); dio origen a la aparición de una clase media rural que no existía hasta entonces; activó el curso de división de latifundios con la consecuente posibilidad de compra de parcelas por parte del gringo o en su defecto el arrendamiento; fomentó la división departamental y por distrito de la Provincia y el trazado de caminos. Un factor acelerador de todo el proceso de colonización fue el emplazamiento del ferrocarril, que impulsó el nacimiento de centros urbanos, maquinizó el comercio, promovió el flujo poblacional y la llegada de tecnología.

El primer asentamiento de un agricultor con chacra establecida en lo que hoy es el distrito de Arequito, fue de un inmigrante italiano, don Juan Pasetti, en 1879. Desde ese año en adelante, llegaron más colonos: Pedro Trigo; Bartola, Miguel y Pedro Moriena; José Porporatto; Juan Mariani; Juan Cousté; Sebastián y Domingo Bogino; Tomás y Nicolás Abrate; Francisco Moine; Luis Pastore; Antonio, Miguel, Carlos y Gerónimo Falcone; Wenceslao Morales; Natalio Mansilla; Mateo Serra; José, Miguel y Felipe Garello; Bautista Giuliano; Mateo, Francisco y Mariano Bosikovich; Salvador Morrone; Luis Reggiardo; Américo Casali; Rosa Vi-



*El inmigrante italiano hizo culto de la pujanza. Plena cosecha de trigo en diciembre de 1920. Máquinas trilladora y a vapor de José y Jacinto Porporatto.*

vas; Oscar Gueglio; Juan Pinasco y Domingo Falco, entre otros.

Estas familias comenzaron cultivando trigo y lino. Posteriormente sumaron el maíz. Trabajaban ganándole horas a la noche, en condiciones lastimosas debido al escaso desarrollo de los implementos agrícolas con que disponían. Caballos, bueyes, paso de hombre, arados de manquera rudimentarios, las luchas contra las invasiones de langostas, carpadores, espigadoras sin otra tecnología que la lógica combinación de los fierros, la hoz para levantar el trigo, la juntada del *máis* a mano, que convocaba obligadamente a toda la familia, y silos de caña, palos y alambre apodados troja, eran algunas imágenes de la cotidianidad en la América de principio de la colonización gringa.

Habitaban viviendas precarias, la mayoría levantadas con chorizos de barro, muy distintas a los hogares de dos plantas que habían disfrutado en Europa. En todo caso, las privaciones acostumbraban a llamarse comodidad.

Hacia 1881, el precio de la tierra era de 4 a 5 pesos oro la hectárea, equivaliendo a 25 y 30 francos. Por entonces, el arrendamiento costaba 20 centavos oro o un franco anuales por hectárea. El título de propiedad de un campo facilitaba el progreso, basado en la mayor rentabilidad que se obtenía por cada cosecha y en el mayor arraigo al ámbito geográfico de vida. De esta manera el colono gringo dueño de la tierra, dotado como cualquier inmigrante de sana ambición y espíritu de prosperidad, pronto incorporó a su patrimonio las innovaciones en maquinaria agrícola para reducir esfuerzos, aumentar la eficiencia y acrecentar la producción. José Porporatto adquirió en 1893 una trilladora a motor a vapor, tal vez la primera en la zona. Casi medio siglo después, la cosechadora automotriz se echaba a transitar el suelo de la región; uno de los pioneros en comprarla fue don Luis Garello.

En cambio, diferente realidad atravesaron los arrendatarios porque cargaban a sus espaldas con contratos leoninos que les restaban entre el 35 y el 40 por ciento o más de su producción. Este era el pago que efectuaban al terrateniente, además de soportar la presión de otras cláusulas abusivas y el sistematizado accionar absorbente de los cerealistas propietarios de los almacenes de ramos generales, factores que limitaban el crecimiento de sus economías y pronto sembraron un malestar general que conjuró con la estirpe de luchas reivindicatorias y sociales traídas por el europeo, plasmando la rebelión agraria de 1912, conocida como "el grito de Alcorita", origen mismo de Federación Agraria Argentina.

## *El pueblo, un espacio social.*

**L**os inmigrantes que prefirieron construir el Arequito urbano, edificaron sus viviendas siguiendo los planos trazados en torno a la estación del ferrocarril. Como la mayoría de los pueblos de la zona, el nuestro no tuvo fundación, sino que fue habilitado el día que pasó el primer tren por el ca-

mino de hierro tendido por la empresa ferroviaria Oeste Santafecino, de don Carlos Casado del Alisal, emprendedor que parceló cada manzana del futuro pueblo para vender los terrenos a quienes soñaban con un espacio social como conocieron en la Patria europea. El 4 de noviembre de 1887, la estela de humo del convoy sellaba el viaje inaugural del Ferrocarril Oeste Santafecino. Tres días después volvía a pasar por la estación Arequito, esta vez operando comercialmente.

El ferrocarril fue sinónimo de pueblo. Sin su paso, nuestra localidad no hubiera florecido. Ya en uno de sus escritos fechado en 1911, el sacerdote Domingo Pugliese reconocía: "La locomotora invitó a los robustos hombres de sangre italiana a radicarse en esta bella tierra".

Los inmigrantes pronto echaron raíces. Eran hombres visionarios, decididos y pujantes, convencidos del progreso obligado al que estaban condenadas estas tierras si a partir del trabajo y la perseverancia se planeaba urdir un destino próspero. Sabían que era necesario poner a latir el corazón de toda la Colonia. El pueblo. Un puñado de familias entre las cuales muchas no compartían el mismo idioma, perfilaron la sociedad, organizaron el comercio y las relaciones institucionales, dieron vida a pasiones y alegrías, cultivaron la solidaridad, ahondaron en el culto de la amistad, propiciaron la educación y apostaron a la cultura. Lo demás vendría solo, cuando los cimientos y la convicción eran tan firmes.

La primer casa con negocio de venta de mercadería que se inauguró en Arequito data de 1887, siendo propiedad de un italiano, don Lorenzo Destéfani, quien había arribado a Buenos Aires en 1872. En una biografía suya aparecida a principios del siglo XX, se explica el motivo que lo llevó a asumir ese reto: *el simple entusiasmo lo había embargado al notar el rápido crecimiento de la Colonia.*

Su hijo Enrique, también italiano, fue uno de los vecinos que más obstinadamente trabajó por el progreso del pueblo, llegando a ocupar en 1892 la primera Comisión de Fomento de esta localidad, acompañado por otros compatriotas inmigrantes, los señores Domenico Falco y Giacomo Soldini.

Traída junto a los hombres y mujeres la Fe religiosa, en 1895 se constituyó una comisión de vecinos con el propósito de edificar una iglesia católica, inaugurada el 8 de setiembre de 1897, bajo la orden del Capellán Vicario sacerdote Giuseppe Netri. Ese mismo día, los fervientes convocados resolvieron nombrar como patrono a San Lorenzo, en homenaje a Lorenzo Destéfani, fallecido en 1889.

Netri debió retirarse cinco meses después por problemas de salud. Desde entonces, el pueblo permaneció sin guía espiritual hasta el 30 de diciembre de 1899, cuando ante la súplica de los vecinos la Iglesia nombró a otro cura italiano, Domingo Pugliese, para que ocupara ese cargo. Persona de vasta cultura, su obra tuvo una trascendencia determinante en la idiosincrasia de la comunidad arequitense. Alma de una tarea constructiva en lo religioso, moral, educativo y edilicio, dejó su impronta en el desarrollo institucional y social de la localidad. Como un legado de su

visión progresista, Arequito cuenta con el templo parroquial que él mismo diseñó, inaugurado el 23 de abril de 1923.

En crónicas que de su puño y letra llegan desde los albores del siglo pasado, describe a Arequito como un pueblo de aspecto "alegre y pintoresco por su situación topográfica, con edificios públicos y privados de elegante construcción, y con rico porvenir por la fertilidad del suelo, la salubridad del agua y la dulce magnificencia de su clima. Su cielo es siempre bello y transparente, al contemplarlo en una noche serena, el centelleo de sus astros infunden una majestuosa belleza".

"Sobre la amplia calle principal luce la Iglesia, con su campanario gigante, frente a la plaza pública, adornada con frondosos árboles, iluminada a gas de petróleo incandescente, dividida por senderos combinados diametralmente representando una bellísima y enorme estrella. Comodísimos bancos enfilan hacia el centro, donde hay una fuente artística de bronce. Esta plaza, con una superficie de una hectárea, es el centro de reunión de la gente durante los eventos religiosos de los días festivos".

El sacerdote continúa informando: "Las fiestas principales que se celebran ordinariamente todos los años en Arequito son: el 25 de mayo y 9 de julio (fiestas de la Patria Argentina); el 10 de agosto (fiesta del Patrono San Lorenzo) y el 20 de septiembre (fiesta puramente italiana). Comúnmente todas estas fiestas suelen durar tres o cuatro días y congregan a gente de las diversas nacionalidades que viven en el pueblo y campo".

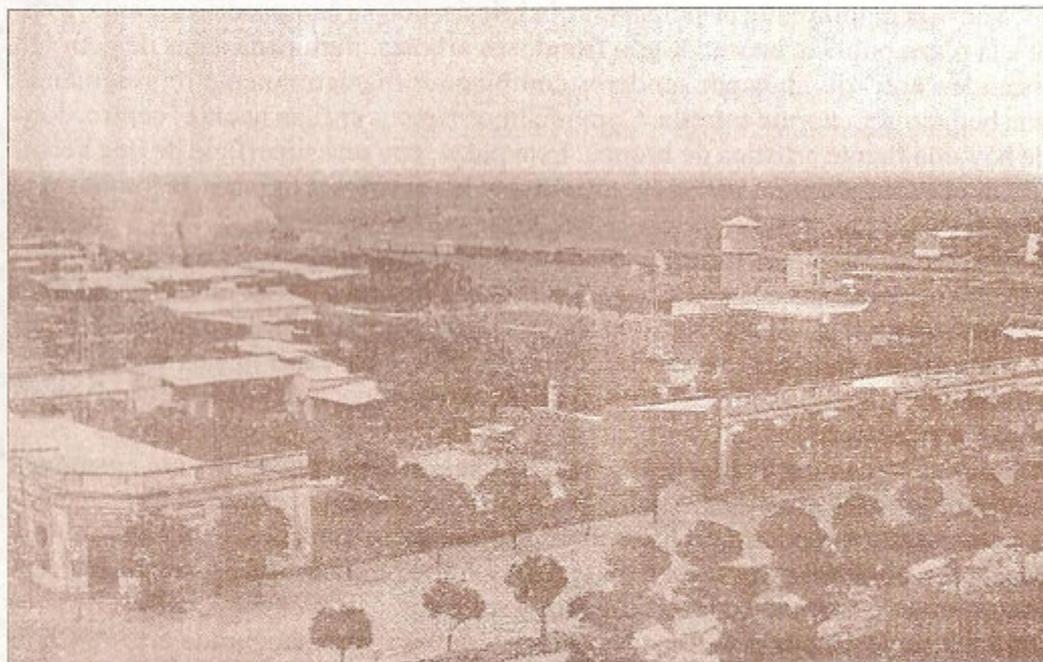
En el mismo texto, Pugliese explica que hacia 1911 la población era cosmopolita, pero primaba el elemento italiano, poseedor de la mayor cantidad de propiedades y capital económico. Los habitantes de otras nacionalidades, como argentinos, españoles, austriacos (hoy croatas), serbios y franceses, entre otros, alcanzaban escaso número en relación con los italianos y sus hijos.

La educación pública se impartía en la Escuela Fiscal, inaugurada en 1908, a la que tres años después concurrían cerca de doscientos alumnos. Asimismo, Pugliese dictaba clases a muchos chicos en la escuela particular que sostenía en la parroquia, amparado en programas educativos del gobierno, donde además enseñaba el idioma italiano.

El sector comercial de la localidad estaba representado mayoritariamente por inmigrantes italianos, dueños de las modernas casas que año a año se erigían imitando barrancas a cada lado de las calles de tierra. Estos vecinos mantenían además una estrecha vinculación con las nacientes instituciones del medio urbano. Ellos eran: Felice Stoisa, Angelo Bressan, Antonio Tamborini, Emilio Duero, Amadeo Tazziloli, Antonio Trossero, Secondo Selvaggio, Giovanni Botto, Secondo Soldini, Quinto Ronco, Pasquale Giuliano, Giuseppe Bernardi, Cignoli hermanos, Giovanni Mariani, Gaetano Cazzola, Dalmazio Mattaloni, Luigi Candiotti, Francesco Simonetta, Luigi Cebba, Federico Benedetti, Pinasco y Landó, Eustachio Parlante, Ernesto Vescovi, Vincenzo Marcolini, Antonio Canziani, Carlo Ogliari, Basilio

Manfrin, Sebastiano Giovinetto, Antonio Boggio, Alberto Fiordani, Michele Pugliese, Giovanni Pronello, Secondino Selvaggio y Severino Calveti.

También un italiano, el bondadoso doctor Battista Vaccaro, de 27 años de edad, fue el primer médico del pueblo. Ejerció su profesión durante la primera década del siglo XX. En agradecimiento a su servicio, cuando el profesional se aprestaba a abandonar definitivamente la localidad, el vecindario le obsequió una medalla de oro y un lujoso libro con detalles del mismo metal en la tapa, conteniendo la firma de los arequitenses.



*Vista de Arequito en el año 1912. La foto fue tomada por Monseñor Domingo Pugliese desde el campanario de la iglesia.*

### *Ferruño italiano.*

**P**ara el inmigrante que forjó su futuro en América, navegar el Mar Mediterráneo significó desprenderse de manera concluyente de *su mundo* particular y colectivo en la Patria europea. El notable escritor argentino, Ernesto Sábato, llamó a eso “una muerte en vida”. El adiós eterno.

Convertido entonces este destino cruel en una vivencia compartida por todas las personas llegadas desde otras geografías, el modo que encontraron los inmigrantes de mantener viva la llama de lo que habían sido en el otro lado del mundo, fue no perder sus particularidades como nación. Se trató de un mecanismo instintivo para no matar la personalidad de cada uno, ahora sujeta a las particularidades de una

nueva tierra bondadosa, pero que indefectiblemente tenían que aprender a amarla.

Cada colectividad aportó en nuestro suelo lo que era y lo que deseaba ser, trayendo consigo el espíritu de una historia milenaria y la fuerza emprendedora que el criollo desconocía.

Dadas las características del proceso de colonización en Arequito, los primeros inmigrantes no encontraron una idiosincrasia local y argentina establecida que se les impusiera, hecho que potenció la masiva transmisión del acervo cultural europeo. En los orígenes de la colonia y pueblo, el mayor aporte de población extranjera lo hizo Italia, transformando a Arequito en una pseudo extensión de aquel país, un terruño que los albergó.

### *Entregas y recepciones.*

Los grupos de cada nacionalidad procuraron mantenerse aislados entre sí durante la primera generación. Siguieron conservando sus características y rasgos de personalidad, manteniendo vigente el idioma natal como uso cotidiano, sus costumbres, loas, pensamientos, pautas sociales, modos de trabajar y hacer. Defendieron sus intereses y nunca perdieron el respeto y el amor por el país de procedencia, aún cuando de aquella tierra debieron emigrar porque no les pudo brindar condiciones propicias de vida y realización.

Siguiendo esas pautas, cada colectividad de inmigrantes volcó su impronta a la nueva sociedad en transformación. Fenómeno particular, los distintos grupos nacionales mostraban diferencias culturales ligadas a la región particular del país europeo de donde provenían. Y estas diversidades eran tan profundas, que parecía un absurdo denominar en forma genérica a inmigrantes de regiones distintas de un mismo país.

Italia, el sello de procedencia de casi la totalidad de los habitantes del Arequito de principios de siglo, aportó gente de Piamonte, Lombardía, Véneto, Le Marche, Sicilia, Toscana, Génova. Los hombres y las mujeres criados en esas tierras aportando sus dialectos generaron la cualidad que signó al pueblo de entonces. No sólo cada uno de éstos era un idioma propio, sino que se sumaban al cóctel en el que croatas, franceses y sirios también participaban, para fortalecer la mutua confusión en las relaciones humanas entre ellos y con los españoles y argentinos que habitaban el pueblo y colonia.

Tales rarezas y, en principio, la falta de una bandera que sintetizara a cada uno de esos eslabones, expresada en el amor al suelo que empezaban a descubrir, hicieron que los inmigrantes se unieran en el seno de cada colectividad. Así es como surgieron las primeras asociaciones de ayuda mutua en Argentina: la francesa en 1854, la italiana en 1858 y la española en 1875. El objetivo que perseguían se sintetiza en enseñar el idioma de origen, fomentar la beneficencia, la cultura, el deporte y la ayuda mutua, sobre todo en salud y educación. Enmarcados en conceptos simila-

res, los italianos residentes en Arequito fundaron la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "Vittorio Emanuele III", el 9 de junio de 1912.

La integración social de los inmigrantes se afianzó a partir de la segunda generación. Una herramienta estatal cumplió con eficacia ese rol, perfilando la identidad argentina: la escuela. Los hijos de los europeos, criados a imagen de sus padres, ocupaban sus bancos el primer día de clase sin saber hablar castellano. Los chicos de italianos dominaban el respectivo dialecto, aquellos de familias provenientes del imperio Austro Húngaro, conversaban en croata, los sirios en musulmán. Pronto aprendieron en la escuela un idioma común, con el que podían comunicarse mejor unos a otros. También supieron que los colores de su Patria eran el celeste y el blanco y no necesitaron esfuerzos para aquerenciarse de la tierra, porque esa era la única geografía que conocían. Así, el pueblo fue un motor que aceleró las vinculaciones y el trato entre las familias de origen distinto. Con el intercambio los colores se unieron, se complementaron. Nació el nuevo argentino, como una síntesis de las mañas de cada colectividad, incluida la nacional. En los boliches, en los almacenes y en los bailes en las primeras décadas del siglo XX, era usual encontrar en Arequito a un croata hablando perfecto italiano, a un criollo moreno dominando el piemontés o a un español acriollado al extremo. Incluso los gringos escribían y musicalizaban tangos en italiano, como "A toda vela", aparecido en 1926: "e sempre la barqueta, e sempre a tutta vela va, e viva questa terra, per andare tutti cuanti a lavorare senza pavura. Manga di buona genti, nisuni sono villaqui".

### *La prosperidad.*

**E**n el campo o en el pueblo, el modo de trabajo, la perseverancia y la búsqueda de progreso empeñada por el inmigrante fueron notorias, reflejándose en un crecimiento económico sin precedentes, que de inmediato se plasmó en la incorporación de tecnología para hacer más agradables la vida cotidiana y los oficios. Albañiles inmigrantes o hijos de gringos elevaron casas amplias y confortables, destacándose por su arquitectura las viviendas del doctor Vaccaro, edificada en 1908, la mansión de la familia Destéfanis, construida en 1916, la de Bogino, que data de 1921, Dose, terminada en 1928 y Bressan, en 1929. Proliferó el comercio y la vida social.

No obstante, nada fue fácil ni inmediato. El sudor de jornadas agotadoras que se extendían diariamente de sol a sol, el esfuerzo desmedido, la vocación por el ahorro, el honor de la palabra y la abstención a los lujos, hicieron posible un milagro al que nunca los inmigrantes dejaron de alimentar con las mismas ansias del primer día.

Ejemplo de prosperidad es que en 1933 existían en Arequito: 1 establecimiento administrador de propiedades, 1 agencia de loterías, 163 agricultores arrendata-

rios, 132 agricultores propietarios, 1 fábrica de aguas gaseosas (sodería), 11 almacenes por menor, 6 automóviles de alquiler y 1 de ocasión, 9 bazares, 2 salones de billares, 4 bares, 3 talleres de compostura de calzados, 1 cancha de bochas, 6 depósitos y venta de carbón y leña, 6 carnicerías, 5 carpinterías, 2 carpinterías mecánicas, 4 casas acopiadoras de cereales, 1 depósito de cerveza, 2 chancherías, 1 cigarrería, 2 cinematógrafos, 1 escuela nacional, 3 escuelas provinciales, 1 empresa colonizadora, 1 compañía de electricidad (usina), 1 conservatorio, 3 empresas de construcción, 13 despachos de bebidas, 8 puestos de venta de periódicos, diarios y revistas, 2 talleres de encuadernación, 2 farmacias, 9 ferreterías, 2 fondas, 1 estudio de fotografía, 4 verdulerías, 1 garage, 3 herrerías, 1 herrería de obras, 2 casas hipotecarias, 5 hornos productores de ladrillos, 1 hotel, 3 firmas comerciantes de implementos agrícolas, 2 imprentas, 2 jugueterías, 1 librería y papelería, 4 depósitos de madera, 3 médicos, 1 modista, 1 molino harinero, 2 fábricas de mosaicos, 2 mueblerías, 9 surtidores de nafta, 1 casa de venta de neumáticos, 6 panaderías, 2 parteras, 7 peluquerías, 2 comercios de peinados y postizos, 2 empresas fúnebres, 1 taller de radiotelefonía, 5 casas de ramos generales, 2 relojerías, 1 rematador, 5 sastrerías, 3 agentes de seguros, 4 sociedades, asociaciones o clubes, 2 talleres de soldadura eléctrica, 2 talleres mecánicos, 6 tambos, 1 cabina telefónica, 5 tiendas y mercerías, 9 máquinas trilladoras, 3 talleres de vulcanización y 2 zapaterías.

## *El legado de los italianos.*

El paso de los años no echó al olvido la frescura de muchas costumbres que los italianos trajeron de su tierra natal, como parte de sí mismos. Hoy, esas pautas integran la cotidianidad del argentino, sin importar el origen de sus ancestros.

La amistad exaltada y la alegría de compartir momentos con los amigos, la importancia de la familia como vínculo primordial de las relaciones humanas, el amor por el trabajo y la religiosidad son legados que han permanecido imborrables en nuestra sociedad.

En el léxico que platicamos, la influencia que ejercieron los inmigrantes venidos de la península itálica se plasmó en el lenguaje oral. Palabras entre otras como bagayo, del genovés bagaggio (equipaje), que pronto pasó a definir a una persona vista por otra allegada como una "carga" por su estética; o laburar, laburo, del italiano lavorare, que significan trabajar y trabajo respectivamente; o malandrinos, derivado de malandrín, cuyo uso aduce a los niños traviesos; o hablar, de parlare, que es sinónimo de hablar; e incluso frases como porca miseria (miseria puerca: nada más descriptivo del sufrimiento de los inmigrantes), son todas contribuciones de la inmigración italiana. En Buenos Aires dieron nacimiento al lunfardo, el idioma de los barrios surgido con el aporte lingüístico popular de todas las colectivida-

des.

Asimismo los italianos acercaron a nuestras mesas el placer de las pastas caseras al tucó con mucho queso de los días domingo, producto de la mano de las sabias abuelas; la simbólica bagna cauda (salsa caliente), sabor culinario que implica siempre la reunión de la familia o amigos; la pizza; una buena taza de chocolate caliente para menguar el frío del invierno; los buñuelos o moñitos fritos, que se sumergen al sartén las tardes lluviosas, otorgándoles ese encanto particular. Las abuelas italianas llamaban friche a los buñuelos y plandrasas a los moñitos.

También el rezo del Rosario estaba muy afianzado en los italianos, sobre todo durante el día de los Santos y de los Muertos.

Historias de inmigrantes.

### *Añoranzas del renacer.*

Cada hogar arequitense custodia en el cofre especial de los recuerdos, la historia de desarraigo, proeza, esfuerzo, pasión, constancia y trabajo de abuelos o padres inmigrantes que optaron por hacer "la América" en esta tierra. En realidad, hacer la América no fue menos cosa que construir un futuro mejor para los hijos. Esa ha sido la abnegación de los hombres y mujeres que vinieron sin nada a ofrecer tanto. Lo hicieron por sus hijos y nietos, optaron por el sacrificio personal a beneficio de su descendencia.

Las historias de inmigrantes, particularmente de italianos, no difieren unas de otras. Escucharlas, saber de ellas, insta a retomar aquella senda que trazaron esos extranjeros, hoy bifurcada por los caprichos del destino...

Ofelia Raffanelli de Moriena, Pinina, como la conocen los vecinos, recuerda las vivencias de César Raffanelli, su padre, nacido en 1891 en la región de Toscana, Italia.

César era un hombre decidido y emprendedor. Conoció el coraje en el frente de combate de las guerras de 1911 y 1914. "Tenía 20 años cuando herido, cayó prisionero en manos del enemigo", cuenta su hija. Por ese motivo fue derivado a Austria, donde permaneció internado durante mucho tiempo, sin que la familia conociera su suerte. Por su cordialidad y predisposición al trabajo, las monjas que atendían el centro hospitalario le aconsejaron que no informara nada en Italia que él seguía vivo, para evitar volver a los campos de batalla. Ofelia continúa relatando: "Terminó la guerra y mi papá no aparecía. Por entonces mi mamá, Anunciada Bruni, era su novia. Ella y las dos familias estaban muy tristes, pues todos lo habían dado por muerto. Sin embargo, un domingo ella iba a misa con sus padres cuando advirtieron que en la plaza enfrente de la iglesia la gente estaba amontonada, lo que les llamó la atención. Mi mamá se acercó para ver qué ocurría. Trataba de mirar en puntas de pie pero no alcanzaba a observar nada. Consiguió un banquito, se subió y

así fue que desde el centro de la muchedumbre mi papá, muy flaco, casi desconocido, la saludó con gran felicidad”.

César y Anunciada iniciaron una familia en la Italia de Mussolini. Más tarde nacería la primera hija. En esa época de persecuciones al pluralismo ideológico, los contrarios al dictador, pagaban con torturas su conversión. Ofelia explica que las fuerzas del gobierno perseguían a su padre porque sabían de sus ideas antifascistas. “Le querían hacer tomar un litro de aceite de castor”, enfatiza.

Eran años de miseria por la post guerra, no obstante, se hablaba de la inminencia de otro conflicto bélico. “Una tarde mientras estaban sentados debajo de un olivo en las colinas de la Toscana, mi papá le preguntó a su amigo, don Angelo Proserpi: *¿Vos harías otra guerra por la patria? No, fue la respuesta*”.

Mediaba el año 20 cuando César comenzó a averiguar la posibilidad de emigrar a América. Grandes carteles propagandísticos solicitaban gente para trabajar en el Nuevo Mundo. Así fue como en 1921 Raffanelli, reciente papá de otra hija, se abrió solo camino a la Argentina, zarpando de un puerto francés para no ser descubierto por el fascismo italiano.

Un paisano suyo, un tal Rosetti, había arribado tiempo antes a Villa Eloísa. En Buenos Aires le indicaron el camino: el tren lo dejó en Estación Palacios, Los Molinos. Ofelia prosigue: “Allí le indicaron que adonde iba se podía llegar caminando, y se puso a caminar. Lo siguió un perrito, el primer amigo que hizo en este país y continuaría siéndolo durante doce años más. Papá lo bautizó *Che*, porque cuando preguntó por el significado de esa palabra tan habitual, le dijeron que era *Amigo*”.

Rosetti le ofreció trabajo en una cosecha en la zona de San José de la Esquina. En medio de la peonada, César no entendía el diálogo de sus compañeros, que se dirigían a él llamándolo *gringo*. No hacía otra cosa que trabajar.

Tiempo mediante, Don Tomás Abrate le prestó dinero para que enviara a buscar a su esposa. “Si mandás a buscar a tu señora te vamos a dar ese campo para que trabajes y esa casita donde vivir”, le había dicho el paisano en referencia al lote de Bianchi, cercano al pueblo.

Anunciada partió del puerto de Génova en 1923, con 31 años de edad y dos hijas. Ofelia Raffanelli induce a revivir el momento del adiós: “Todos sus familiares la saludaban, la saludaban y ella veía los pañuelitos cada vez más chiquitos a medida que el barco se distanciaba. Más tarde mamá me diría: *Cuando me alejaba fue la muerte, una cosa terrible*”.

“Mi mamá lloró mucho a su Italia. Yo tengo el recuerdo de haberla visto llorar siempre; lloraba por sus hermanos que se quedaron allá, y se lamentaba: *Ay Dios mío, cómo se puede sufrir tanto*”. Más tarde, Pinina supo que su abuela quería que Anunciada le dejase a la mayor de las hijas, porque decía que si dejaba a una de las nenas, entonces iba a volver.

Su mamá se encontró con otro mundo en Argentina. Aguardó unos días a su marido en el Hotel de Inmigrantes. Un médico asistió a sus hijas afebradas. En ese

lugar repleto de desconocidos la atendieron muy bien, sin embargo la incertidumbre porque César no llegaba irritaba sus nervios. Una familia le ofreció llevarla a Mendoza si él no aparecía. Finalmente, mientras unas españolas bailaban alegres al ritmo de castañuelas, Raffanelli las encontró.

El viaje hacia Arequito lo hicieron en tren. "Mi mamá miraba las casas por la ventanilla y preguntaba adónde vivía la gente, acostumbrada a que en Italia las viviendas eran de dos pisos porque planta baja se destinaba a establo", narra Ofelia. Apenas llegaron, un maté recibió a Anunciada, quien después de sorberlo vació su contenido en el piso y lo retornó al cebador...

La historia de Guido Mario Bottai se inició en Italia. Desde el puerto de Nápoles zarpó en 1922 a la edad de 3 años, junto a sus padres y sus dos hermanos, entre ellos, una beba de 40 días. Tomaron el buque Francesca, que tras un viaje de unas semanas llegó a Buenos Aires el 7 de diciembre.

La familia siguió la fortuna de don Bruno Bottai. "Él se vino por las guerras", explica Mario (todos conocen a Guido por su segundo nombre), y detalla: "Hizo la guerra del '14 y cuando finalizó, como tenía hijos, decidió emigrar porque no quería que a ellos les tocara otra guerra". De inmediato advierte que si su padre no se marchaba, la Segunda Guerra Mundial lo hubiese encontrado a él bajo bandera, haciendo el servicio militar.

En Italia, don Bottai se dedicaba al oficio de la carpintería. Ni bien arribaron a Buenos Aires, un empresario que consultó el registro de profesiones de los inmigrantes que llegaban al país, necesitaba mano de obra calificada, por lo que le ofreció trabajo en Capital Federal. "Mi padre rechazó la oferta porque quería encontrarse con su *fratelo*, Victorio Bottai, instalado en Argentina desde 1910", cuenta Mario. De cualquier manera el empresario, urgido por contratar obreros especializados, lo siguió desde Buenos Aires hasta Campana tratando de convencerlo para que aceptara el empleo.

"Los primeros tiempos fueron duros", relata Mario Bottai. "Papá tenía 29 años y comenzó trabajando en el campo. Cuando juntó algo de dinero, construyó en forma casera las primeras máquinas de carpintería y se instaló en el pueblo. En 1925 adquirió maquinaria nueva".

Mario reconoce en su padre "una ambición y visión especial para los negocios", factores que sumados a la infatigable vocación por el trabajo, le permitieron prosperar. Su oficio, fue el oficio de toda la familia. Ahora jubilado, junto a su esposa, dice ser un agradecido de la vida. "No hicimos una fortuna, pero tenemos una familia maravillosa; lo que nos brindan es impagable".

Bruno Bottai integró Comisiones Directivas de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos de Arequito, de la que fue presidente entre 1939 y 1951. Su hijo Mario, le siguió los pasos.

## *Los tiempos primeros*

Los italianos disfrutaban la vida en los boliches, rodeados de paisanos. Concurrían generalmente los domingos, donde se amontonaba una clientela numerosa. Lugares como estos, existían muchos, en el campo y en el pueblo. Eran frecuentados por hombres de cualquier nacionalidad, aunque algunos sitios eran predilectos por los italianos para motivar su encuentro y recordar los viejos aires de la Europa añorada.

El primer boliche de la colonia que luego le daría el nombre de Paraje La Viuda a la zona sudoeste del distrito, apareció en el año 1887 en el campo de Fornés. En zona rural, los boliches cumplían la función de parajes y despacho de mercaderías: las familias y los viajeros que se trasladaban en sulkys y carros a lugares lejanos, se detenían en ellos a descansar las penurias que producía la falta de confortabilidad de los medios de transporte y el estado de los caminos. Bebían, comían y estiraban las piernas. Los fines de semana, los vecinos se reunían a beber tragos, cantaban, jugaban a la taba o a los naipes y conversaban. Después vendría la época de los bailes y los clubes deportivos.

En el pueblo, las fondas convocaban a los hombres del lugar y, especialmente los domingos, a los gringos que vivían en el campo pero viajaban al pueblo a misa o debido a algún festejo. Antes los chacareros visitaban en pueblo escasas veces en el mes.

Muchos boliches atendidos por inmigrantes italianos, como los de Antonio Trossero, Verdecchia, César Raffanelli, Severino Calvetti, Amadeo Tazzioli, Grasetti y Clemente Garello, se confundían con almacenes y fondas. Allí se reunían los italianos, grandes amantes de compartir un rato en amistad. Cantaban sus canciones, intercambiaban sus dialectos, y así las primeras décadas del siglo pasado transcurrían de forma más amena. La función social de estos sitios de esparcimiento fue de una importancia crucial, ya que a través de su socialización los inmigrantes de naciones distintas se integraron al nuevo escenario.

De cualquier manera, siempre existió un recelo del argentino criollo para con el gringo, sea cual fuere su ascendencia. La irritabilidad se expresaba en oportunidades con embates de violencia, a través de una rencilla o acciones más graves, sangre mediante, cuando el alcohol gobernaba los ánimos, pero la mayoría de las veces la cuestión se canalizaba verbalmente, a baja voz entre los morenos. Las diferencias partían en las convicciones. Al criollo le molestaba que los gringos "invasores" ocuparan los mejores empleos y ver cómo sin tener nada en poco tiempo progresaban notoriamente. Claro que eran naturalezas disímiles. Al gaucho lo adormecía la vastedad homogénea y eterna de la pampa. El inmigrante, en cambio, traía la cultura del trabajo y del progreso. Así las cosas, cuando en tiempos del Arequito inexistente un gringo viajaba a San José de la Esquina y regresaba con el dedo pulgar manchado de negro, el criollaje dejaba soltar el rumor envidioso de que

“seguro se fue a comprar campo”, porque en las tramitaciones las personas analfabetas que no sabían firmar rubricaban con la impresión digital.

En la zona del Paraje La Viuda, cuyos campos arrendados pertenecían casi en su totalidad al terrateniente Carlos Dose, la mayor parte de las familias chacareras asentadas eran inmigrantes de Italia, preferentemente de la región de Le Marche, por la sencilla razón que pagaban porcentajes de arrendamiento superiores, maravillados por la fecundidad de la tierra.

De esta manera, en el vecindario primaba el dialecto marquellano. La ironía sana sonaba animosa en la costumbre de estos italianos. Cuando se encontraban en una fiesta o en un camino, luego de un tiempo largo sin verse, sus saludos no parecían tales. En su lengua, ellos se gritaban mutuamente con alegría, levantando los brazos: “¡Que te dure el mal cien años!”, “¡Que te mueras rabioso!”, “¡Que te agarre un ataque!”. Eran por supuesto, palabras cariñosas.

Un hijo de italiano, don Martín Mariani, quien más tarde ocuparía la presidencia de la Comuna de Arequito durante un periodo, fue un referente popular en la zona de La Viuda, allá durante las primeras décadas del siglo pasado. “Mi padre era un semi Dios”, hoy recuerda sin jactancia y mucha poesía su hijo Carlos, de 84 años, conocedor de los secretos de la naturaleza, del campo y de la vida de los inmigrantes en aquellas extensiones de la colonia. “Martín Mariani, que nunca aprendió bien el castellano y cuando se enojaba blasfemaba en lombardo, era querido y respetado por todos los gringos y criollos; fue, por decirlo, el padre postizo de la comarca. Intervenia como mediador en los conflictos familiares y tenía una influencia decisiva ante los terratenientes en favor a los arrendatarios”, recuerda Carlos. Este prestigio nacía en la bondad de don Martín: él alojaba a la gente cuando llegaba al Paraje y hasta que encontraran dónde vivir, los guiaba y se solidarizaba con todos sin pretender nada a cambio.

También en el vecindario del Paraje La Viuda, que a medida que se poblaba iba adquiriendo el trajinar de un centro urbano, los italianos tuvieron una incidencia determinante al momento de estrechar vínculos entre las familias chacareras. Los bailes populares de campo, promovidos por la juventud y los boliches, fueron una expresión elocuente de la necesidad humana de relacionarse, en un ámbito donde los medios y los modos eran combatidos por la distancia. Estos eventos coronaban muchas veces la finalización de los trabajos del campo, convirtiéndose entonces en una especie de rito.

El anecdotario de la vida presenta al matrimonio de Raquel y Américo Casalli como precursor en el desarrollo de bailes en la zona de La Viuda. En realidad, el pionero fue don Américo, padre de 14 hijos de los cuales una docena eran mujeres. La preocupación del hombre consistía en que sus chicas no consiguieran marido, por eso ingeniaba diversiones mixtas para la juventud de la zona, así sus hijas conocían varones. Los bailes familiares para el vecindario que ofrecía Casalli en horario vespertino tuvieron lugar en la década de 1920. Con acordeón y después al

ritmo de fonógrafo, la juventud bailaba vales, pasodobles, tangos y rancheras en el patio, después de regar la tierra a fin de no levantar polvareda. También Américo llegó a idear pic-nic bailables a la canasta, y lentamente fue ganando yernos.

## *Fiestas italianas.*

Toda la población italiana de nuestro país conservaba un profundo respeto por la familia Real de Italia -el Rey Vittorio Emanuele III, la Reina Margarita y el Príncipe de Piamonte, Humberto de Saboya-, a tal punto que todos les brindaban calurosos aplausos en las distintas reuniones, dedicados a la prosperidad de la península y de la Argentina. Nombrar Italia, sonaba festivo en boca de todos.

Las dos fiestas tradicionales y propias de la colectividad italiana que se celebraban en Arequito de antaño, en concordancia a los festejos en Italia, eran las del 20 de setiembre y del 4 de noviembre. La primera fue muy popular durante toda la década de 1920; conmemoraba la unificación italiana, cuando el 20 de setiembre de 1870 las tropas independentistas del general Cadorna entraron en Roma y unificaron el país bajo un único reino. En cambio, la efeméride restante se remontaba a 1918, fecha en que se firmó el armisticio que selló el final de la Primera Guerra Mundial. Su festejo en el pueblo ocurrió después de ese año.

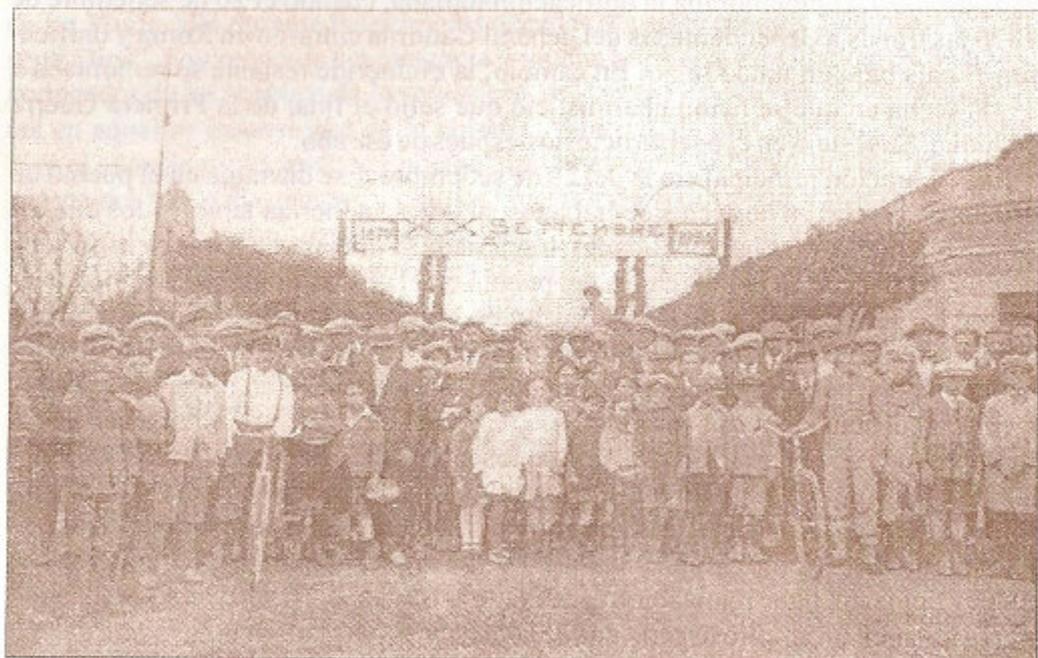
La celebración principal era la del 20 de setiembre. Ese día regía en el pueblo un asueto comercial en negocios de italianos, al que se adherían también los dueños pertenecientes a otras nacionalidades. La jornada se iniciaba en horas de la mañana con un desfile cívico por las calles del pueblo en el que participaban los abanderados de la escuela fiscal y de las instituciones, con sus estandartes representativos, autoridades policiales, de la Comisión de Fomento y público en general, quienes acompañados por los acordes de la banda de música hacían un recorrido pasando frente al edificio comunal, los clubes de fútbol, el club Social y el almacén de ramos generales de Pedro Bottazzi, que se desempeñaba en el cargo de Agente Consular Italiano en Arequito. Frente a estos sitios, la comitiva se detenía y la banda interpretaba un tema musical, al tiempo que las banderas saludaban a los edificios.

Al mediodía, los inmigrantes italianos y sus hijos compartían un almuerzo popular y por la noche se realizaba un gran baile al que concurría el pueblo en general. Tenía lugar en un amplio terreno donde la familia Stoisa poseía la casa y un galpón destinado a guardar la máquina trilladora con motor a vapor, ubicado frente a la vivienda de Enrique Destéfanis y a la fábrica de aguas gaseosas de Manuel Duero (aproximadamente hoy en calle Manino y 9 de Julio). El baile se desarrollaba adentro de un galpón de madera desmontable con techo a dos aguas que los organizadores alquilaban todos los años en la ciudad de Rosario. Sus dimensiones eran de 30 metros por 20 metros, con piso sobreelevado y una escalerilla para subir. No poseía paredes, sin que una baranda de 1,20 metros de alto cubría su perímetro. La

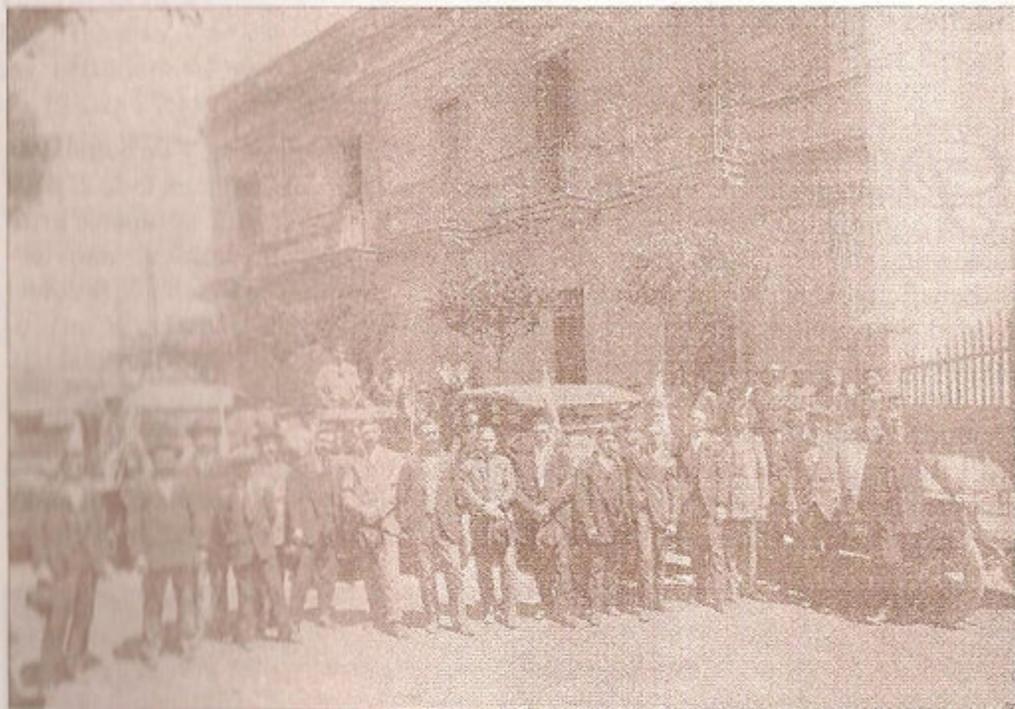
música dependía de grandes orquestas.

Esta fiesta convocaba a mucha gente. Los colonos venían al pueblo con toda la familia, vestidos de ocasión. Como antes salían muy poco de las chacras y debían trasladarse largas distancias, comenzaban a llegar a media mañana y permanecían todo el día. Mientras las mujeres acudían al oficio religioso, los hombres visitaban los boliches, fondas y cafetines, donde cantaban a viva voz canciones de la patria lejana, como "il piave" y "la violeta". A fuera de esos lugares podían contabilizarse hasta un centenar de sulkys atados.

Si bien con el paso del tiempo ya eran pocos los italianos que conocían concretamente el motivo de la celebración, el 20 de setiembre tenía una trascendencia única, hasta que en 1929, el gobernante italiano Benito Mussolini firmó un Tratado con el Vaticano por el cual le concedió la posición política al Estado Pontificio, que en 1870 Italia había tomado, estableciendo así el cese de los festejos en aquel país. En Arequito también dejó de celebrarse la fecha y quedó como efeméride exclusiva de la colectividad el 4 de noviembre.



La colectividad italiana de Arequito festeja el 20 de Setiembre en el año 1924. Foto tomada en la actual esquina de 9 de Julio y San Martín. Se aprecian el restaurante Italia, perteneciente a Medori y Borchì, y la torre de la iglesia, aún sin reloj.



*Grupo de jóvenes italianos posan frente a la casa de Domingo Bogino, posiblemente un 4 de noviembre en la década del 20. Abrazados: Alivio Masiero y Adolfo Bramante. A la izquierda de ambos, Remo Stoisa. El intenso amor que sentían por Italia había llevado a estos dos últimos inmigrantes a retornar a su país para servirle durante la Primera Guerra Mundial. Regresaron ilesos.*

Fa de erratas:  
donde figura Cadorna  
léase Garibaldi

## Sueños de prosperidad.

### *La Sociedad Italiana.*

Principios del siglo XX. Arequito era un puñado de casas y un cúmulo de inmigrantes. Como parte de un proceso que se extendía en todo el país, los italianos de nuestro pueblo sintieron la necesidad de agruparse institucionalmente para fortalecer sus vínculos y la solidaridad entre ellos, promoviendo beneficios educativos, culturales, económicos y de salud en el seno de la colectividad. Siguiendo estas premisas, el 9 de junio del año 1912, a las 20 horas, un grupo de entusiastas y pujantes vecinos gringos del distrito, reunidos bajo la presidencia de don Enrique Destéfani, crearon la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "Vittorio Emanuele III".

El Registro de Socios de la entidad se habilitó ese mismo día. Los primeros cuatro inscriptos de un total numeroso de asociados, son, en orden ascendente: *Enrico Destéfani* (Enrique), *Battista Vaccaro* (Bautista), *Felice Stoisa* (Félix) y



*Comisión Directiva de la Sociedad Italiana durante gran parte de la década de 1930. Izq a der sentados: Bruno Bottai, Pedro Luis Bottazzi, Victorio Moneta, Manuel Duero, Tomás Abrate. Izq a der de pie: Enrique Landó, Jerónimo Gracioli, Tomás Abrate (h), César Augusto, Carlos Tilatti, Luis Mecozzi, Pedro Pastore.*

*Vittorio* Moneta (Victorio). Algunos otros apellidos de fundadores son: Biasizzo, Biga, Bressan, Calvetti, Casali, Cignoli, Mecozzi, Duero, Gagna, Gueglio, Marcuzzi, Mattaloni, Molinari, Mottino, Muzzolón, Parlante, Porporatto, Ratti, Regiardo, Rosso, Simonetta, Soldini, Spángaro, Tamborini, Tarditti, Tazzioli.

La primera Comisión Directiva que se encargaría de conducir los destinos de la institución fue elegida el 9 de junio, pero tomó posesión definitiva en sus cargos una semana después, constando en el acta del 16 del mismo mes. La distribución de funciones quedó asignada del siguiente modo: *Presidente*: Enrique Destéfanis; *Vice Presidente*: Dr. Bautista Vaccaro; *Secretario*: Farmacéutico Eustaquio Parlante; *Vice Secretario*: Severino Calvetti; *Tesorero*: Félix Stoisa; *Vice Tesorero*: Vittorio Moneta; *Consejeros*: Antonio Tamborini, Luis Regiardo, Segundo Soldini, Atilio Marcuzzi, Juan Tarditti, Oscar Gueglio, Sebastián Biga, Américo Casali, Santiago Mattaloni, Severo Francisco Simonetta.

El 12 de diciembre de 1922, el gobierno provincial resolvió aprobar los Estatutos de la *Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "Vittorio Emanuele III, de Arequito"*, reconociendo a la asociación el carácter de personería jurídica. Fue esta la primera mutual del pueblo.

En sus comienzos, la sede de la entidad funcionaba en un local alquilado sito en calle Garay (hoy Avenida 9 de Julio 1259). Sin embargo, movidos por una profunda fe y un gran anhelo de progreso, esta institución tomó el desafío de construir su edificio propio.

## *La construcción del Teatro.*

Sobre un terreno donado ubicado en la actual esquina de Brigadier Estanislao López y Avenida 9 de Julio, la Sociedad Italiana delineó el sueño magno de edificar un coloso teatro, a imagen y semejanza de las obras arquitectónicas que imperaban en la vieja Europa.

Hacia 1928, el baldío había sido ocupado por numerosas hordas de ladrillos apilados y una montaña de arena de cinco metros de alto, aledaña al templo parroquial. El despliegue de materiales de construcción, hacía imaginar a los vecinos la magnitud de la obra que los italianos iban a emprender y cambiaría por siempre la fachada desértica del corazón de la localidad. Para los chicos, la nueva geografía de la esquina era motivo de diversión. Durante las tardes, después de finalizar el horario de clases en la Escuela Fiscal N° 202, corrían al predio a jugar a las escondidas y a los cowboys, trepaban los obstáculos y escalaban la montaña, desde cuya cima apreciaban el techo del ala izquierda de la iglesia.

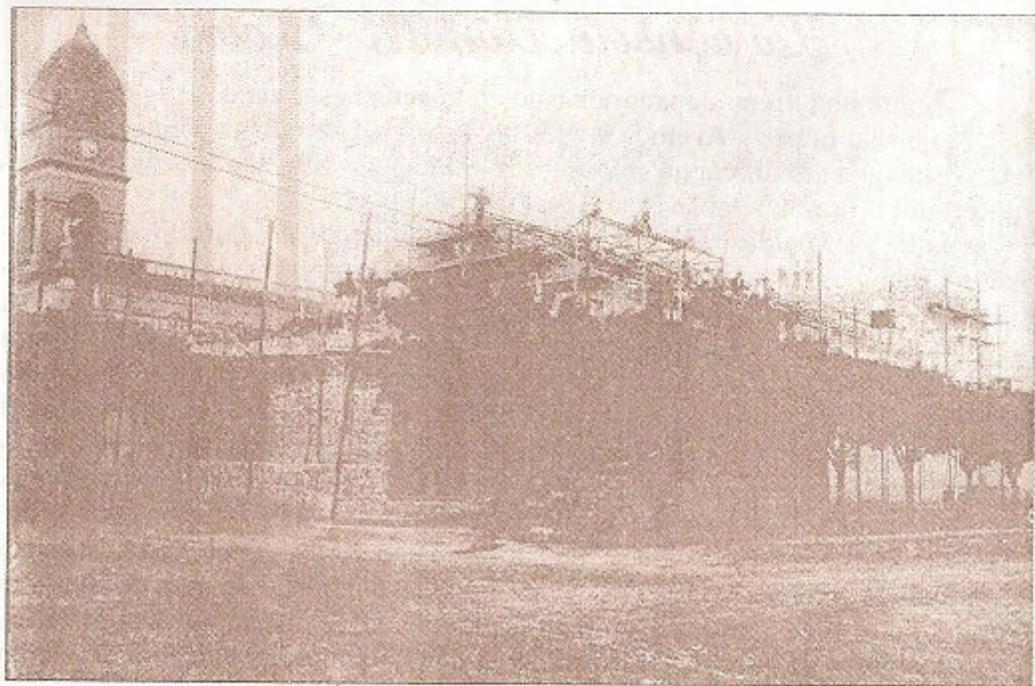
Los trabajos de construcción se iniciaron en 1930. La supervisión técnica corrió a cargo de la empresa rosarina del Señor Capella, con mano de obra de albañiles locales, entre ellos Santos y Domingo Muzzolón, Gallo, Ratti, además de varios peones venidos de otras localidades. En un año las paredes y el techo estuvieron

edificados, sorprendiendo a los arequitenses que aún no se acostumbraban al rápido cambio sufrido por la esquina que antes solía albergar a algunas fiestas populares.

La piedra fundamental del teatro se colocó el 29 de junio de 1931. La estructura bruta del edificio estaba terminada, conformando un inmenso galpón techado, aún con piso de tierra. Dante Bottazzi era, por entonces, un niño de 10 años. Presente en el solemne acto de colocación de la piedra madre, rememora los detalles de aquel evento: "Fue un domingo día de San Pedro y San Pablo, aproximadamente a las once de la mañana. Me acuerdo porque yo era monaguillo del Padre Domingo Pugliese y ese día, después de la misa, me llevó al edificio de los italianos porque iba a bendecir la piedra fundamental antes de colocarla".

"Estaba reunida toda la Comisión de la Sociedad Italiana, don Victorio Moneta, que era el presidente, mi papá Pedro, que se desempeñaba como secretario, Bruno Bottai, Luis Mecozzi, Pedro Pastore, César Augusto. También asistió el Cónsul de Italia en Rosario, Bruno Gemelli... había mucho público y sobre todo gran cantidad de italianos", relata.

En el centro del hall central se encontraba un pozo, muy cerca de donde después se ubicaría la puerta de vidrio. Sobre el mismo había montado un trípode de madera que sostenía suspendida la piedra fundamental, que no era más cosa que una urna, dentro de la cual pusieron actas, documentos y recuerdos sobre los orígenes de la entidad y el desafío de edificar el teatro. Cerrada herméticamente, la urna fue



descendida mediante la acción de sogas hasta el fondo de la excavación y luego tapada con tierra.

Ese día se entregaron medallas alusivas y las personas que asistieron al acontecimiento firmaron un pergamino utilizando una pluma especial que permanece junto al documento, en la que puede leerse la inscripción: "Ricordo Pietra Fondamentale Noe. Italiana Arequito 29/6/31".

A partir de ese momento el teatro fue definiendo su acabado final. En su primera etapa, la construcción abarcó el espacio del salón, una sala de reuniones y el bar. El conjunto arquitectónico tomó el estilo clásico francés. Tiene una capacidad para albergar a cuatrocientas personas sentadas, distribuidas en platea, palcos y tertulia. El piso del escenario cuenta con un sistema de gatos hidráulicos que le otorga movimiento, de manera tal que para presenciar funciones artísticas se le brinda pendiente, mientras que para facilitar la realización de bailes o cenas, se nivela.

Las aberturas del complejo fueron realizadas por las carpinterías de Tilatti y Formoli y de Bruno Bottai, ambas de Arequito. La primera se encargó de dotar de aberturas al bar, el salón y la secretaría. Bottai se encargó del sector debajo del escenario y más tarde de la casa de familia. Mario Bottai trabajó en esa tarea ayudando a su padre Bruno. "Tenía 12 años y coloqué las fichas de las aberturas. Papá levantaba las puertas porque eran pesadas para mí, las acomodaba en el banco y yo ponía las bisagras. Después él le daba el ajuste final a los tornillos", comenta.

Un artista italiano emigrado a la Argentina, el célebre Dante Veratti, de afamada trayectoria, decoró con su arte el tímpano del teatro y el interior de la sala. La pintura de la fachada, que es el rostro mismo del edificio, representa una escena lírica.

El costo total de edificación ascendió a la millonaria suma de 265 mil pesos, cifra que con el propósito de recaudarla, los socios que pudieron realizar aportes de capital en préstamo, por el cual la Sociedad les pagaría un interés anual del 5 por ciento. Sin embargo, pese a los aportes, no se pudo cubrir el total requerido. Es así como desinteresadamente los acreedores donaron el beneficio de sus intereses, facilitando la cobertura de los egresos.

## *La inauguración.*

**H**abía llegado el gran día. El 15 de mayo de 1932 la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "Vittorio Emanuele III", de Arequito, se disponía a celebrar la inauguración oficial del esbelto Cine Teatro Rossini, considerado uno de los más importantes de la provincia por su fisonomía, sus dimensiones y la maravillosa acústica. El nombre del edificio fue puesto en homenaje al talentoso músico italiano Joaquín Rossini, conocido también como el Cisne de Pesaro.

El acto inaugural se desarrolló durante la mañana del 15 de mayo. Fue una jornada de gran festejo, por cuanto la inauguración de la Sala marcó un hito en toda la

región, dada la magnificencia de la obra. Participaron el Cónsul italiano en Rosario, Bruno Gemelli, su par de Casilda, don Gallardi, los integrantes de la Comisión Directiva de la Sociedad Italiana, connacionales de las ciudades de Rosario, Casilda, Villa Eloísa, Chañar Ladeado, entre otros, representantes de las instituciones arequitanas y vecinos del pueblo y distrito.

Luego de las palabras alusivas, el cura Domingo Pugliese bendijo las instalaciones. La banda de música local amenizaba el acto con sus acordes. Sobre el final, un fotógrafo inmortalizó el momento.



*Acto de inauguración del Teatro Rossini, celebrado el 15 de mayo de 1932. Algunos presentes: Adelante, a la izq de la bandera: Pedro Luis Bottazzi, Victorio Moneta, Cónsul de Italia en Rosario: Bruno Gemelli, Cónsul de Italia en Casilda. Detrás de Gemelli: Tomás Abrate. Detrás de Abrate: Enrique Destéfanis (h). Sosteniendo la pancarta: Damián Fiorenza. A la derecha de la pancarta: Otorino Cornaglia. Músico de la banda, con gorra: Chulín Mangiamelli. Niño sentado: Garello, niño a su izquierda: Bogino.*

Durante la noche, el teatro se vistió de gala. Una compañía integrada por cantantes, actores y músicos del Teatro Colón de la ciudad de Buenos Aires, representó la ópera de Joaquín Rossini, "El Barbero de Sevilla", con un éxito de concurrencia de público.

En aquel tiempo, los comentarios que se oían en el vecindario señalaban al teatro

Rossini como el mejor de la zona, digno de una opulencia admirable. Dante Bottazzi recuerda a su padre, don Pedro, que siempre le comentaba: "Ese edificio costó más de 120 mil pesos", una cifra que hoy estima cercana a los dos millones. "Aquellos emprendedores no eran ricos, pero entonces no había tanta necesidad económica porque todos trabajaban y además el peso argentino en esa época equivalía a la libra esterlina y valía más que el dólar", señala Bottazzi. A su entender, aquellos italianos tuvieron la idea y la constancia para hacerla realidad, inducidos por las vivencias que traían de Italia. "Es una nación de buenos y grandes cantores y allá, todo pueblo tiene su gran teatro", explica.

El Teatro ha sido sin dudas la más preciada herencia material que los inmigrantes italianos dejaron al porvenir arequitense.

### *Función social.*

La Sala del teatro ha tenido, desde su inauguración, una presencia insoslayable dentro de nuestra comunidad. Ha sido el epicentro de eventos culturales de fama nacional y aún internacional durante los años en que reinaban las compañías de teatro, ambulaban las orquestas y los bailarines, antes

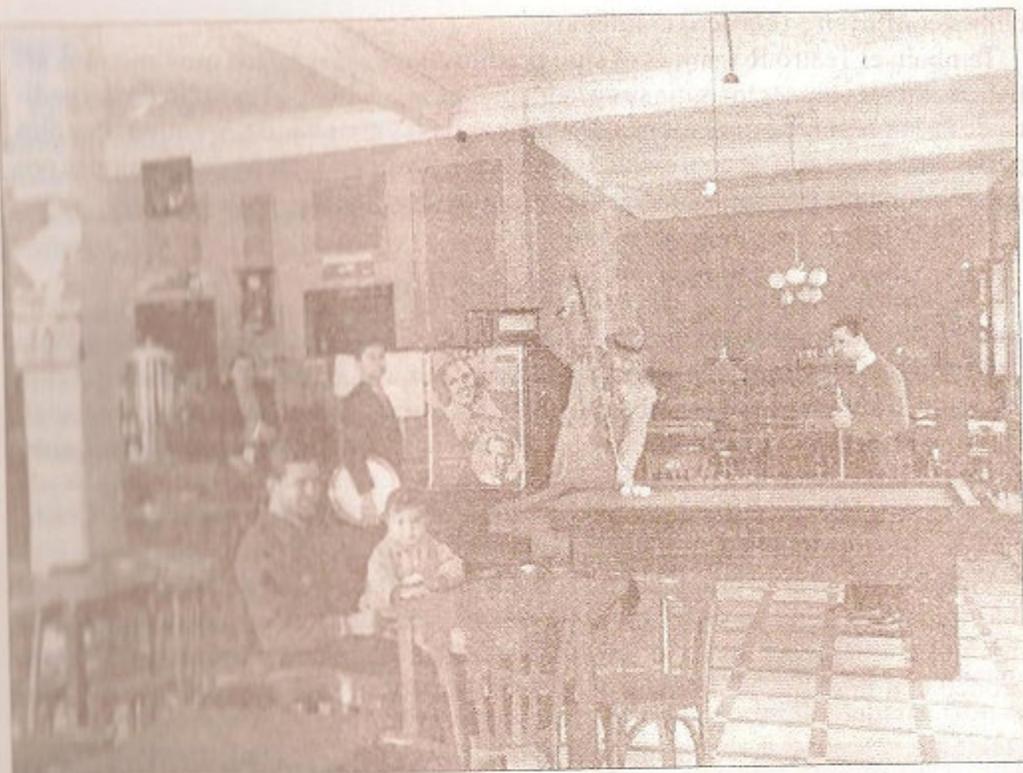


*Servicio de lunch de la confitería y bar Rossini, en el año 1939, durante el enlace de Sebastián Pastore e Irma Tarditti. Mozos: Felipe Di Benedetto, Fino Ratti y Tomás Di Benedetto.*



*Un día en el Bar Rossini. Año 1941.*

de la televisión. Por la existencia de la Sala, la sociedad arequitense tuvo acceso a las manifestaciones culturales generadas en las grandes ciudades. Las tablas del Rossini conocieron la fuerza artística de las compañías de Roberto Escolada, Darío Vittori, Juan José Miguez, Paulina Zingerman, Luis Arata, Haidée Padilla y tantos otros. Varias talentosas compañías de radioteatro mostraron sus identidades en nuestro teatro, como Norberto Blesio, Federico Fabregas, Herminio Bagini, Alfonso Amigo y Héctor Bates. En teatro de revistas, sin dudas "Las sexys del Maipo", de Buenos Aires, es el espectáculo más recordado. Por otra parte, el tango cautivó con las orquestas de Osvaldo Pugliese, José Baso, Héctor Varella, Juan Darienzo, Alfredo De Angelis, Alberto Castillo con su orquesta, Franchini y Partier. Pedro Laurenz. Todas contaban con cantores de talla, como: Julio Sosa, Alberto Morán, Carlos Dantes, Julio Martel, Florial Ruiz, Alfredo Beluschi, Miguel Montero, Argentino Ledesma, Rodolfo Lecica, Alberto Echagüe y Armando Laborde. Incluso el folclore tuvo su página con las actuaciones de Horacio Guarany, Los Fronterizos, Los Cantores del Alba, Los Chalchaleros, Daniel Toro, Los Quilla Huasi, Trío San Javier, Soledad y Natalia Pastorutti y muchos más, sin olvidar los tradicionales y exitosos bailes populares organizados durante mucho tiempo por el Club 9 de Julio.



El Rossini ha sido y es cine, tanto en la época de apogeo como en la actualidad, cuando en todo el país permanecen abiertas muy pocas salas cinematográficas. Equipada con un proyector Gaumont, de origen francés, adquirido nuevo en 1932, la sala acercó al pueblo, desde antaño, la posibilidad de conocer las sensaciones indescriptibles que produce la pantalla grande, máxime cuando la televisión no existía. Eran épocas de carteleras dobles diarias, en sección noche y matiné, a lleno total. Y en otro aspecto, le ha permitido a arequitenses amantes de la cinematografía, desarrollar esa actividad como operadores y programadores. En este sentido, una larga lista de jóvenes hicieron escuela en el Rossini.

Durante mucho tiempo, el Salón fue en el pueblo el único espacio elegante de amplias dimensiones; por este motivo se lo utilizaba como ámbito de realización de bailes, tertulias, cenas y fiestas de casamiento. El servicio gastronómico dependía de la conserjería del Bar Rossini. A finales del '30 oficiaban de mozos: Nicolás, Tomás y Felipe Di Benedetto, Tilo Aramini, Carlos Muzzolón y Felipe Ratti, entre otros.

El bar del Teatro pronto se convirtió en la esquina tradicional de Arequito. Con su encanto particular, las discusiones y las risas recorren un ida y vuelta urbano entre cigarrillos, cafés y fernet. Ámbito totalizador, los colores de las camisetas de los

clubes confluyen en clásicos cotidianos.

También el Teatro Rossini es el sitio predilecto elegido por los movimientos artísticos locales para transmitir sus producciones al pueblo y el espacio de despedida de las numerosas promociones de alumnos de las escuelas de Arequito. Por otra parte, es el escenario de conferencias y ha sido sede de trascendentes reuniones populares donde se trataron temas de la coyuntura local.

## *La Institución.*

Considerando el accionar de los hombres a lo largo de la vida institucional de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, la impronta dejada por don Victorio Moneta en los anales de la entidad, merece un tributo especial. Hombre respetado y querido, de profunda convicción solidaria y progresista, ejerció la presidencia en el periodo 1913-1914, en 1921 y en el lapso extendido desde 1928 a 1936. También fue destacado el paso de este italiano al frente de la Comisión de Fomento local y en la conducción del Club Social.

Victorio fue un gran propulsor de la Sociedad Italiana y una de las personas que más trabajo empenó en beneficio de la institución. Avala su gestión una placa de mármol emplazada a su honor en 1943 en el hall del teatro, contenedora de un bronce con la efigie de Moneta y la leyenda: "Homenaje al propulsor y bene-



factor".

En 1947, se construyeron los locales comerciales anexos al teatro y la casa de familia ubicada en planta alta. Con el alquiler de esos espacios, sumado al del bar, las distintas Comisiones Directivas fueron contando con ingresos que han destinado a refaccionar las fallas y desperfectos edilicios que surgen a causa de los embates del tiempo.

Para adaptar a la entidad dentro de las disposiciones jurídicas del país, el 22 de octubre de 1976, se inscribió por acta N° 1210 el nuevo Estatuto Social en el Instituto Nacional de Acción Mutual (INAM), dependiente del Ministerio de Bienestar Social. Se lo hizo con la denominación "Sociedad Italiana de Socorros Mutuos de la localidad de Arequito".

El Club Atlético 9 de Julio alquiló el Teatro a la Sociedad Italiana durante muchos años a mediados del siglo XX. Explotaba los beneficios que rendía como sala de cine y salón de bailes y fiestas. Durante la década de 1970, la entidad que asocia a los italianos fue adormeciéndose, posponiendo las convocatorias a asambleas y haciendo omisión a los requisitos legales de funcionamiento, hasta llegar a una falta de gobierno en la Institución, sin respuestas de los socios. Frente a esta realidad, el 10 de junio de 1981 el INAM resolvió intervenir a la Sociedad Italiana. Con la misión de establecer el orden, Vicente Cañas fue designado interventor por el término de un año. En una Asamblea especial, 9 de Julio propuso que la entidad cuestionada pasara a fusionarse al club, moción que en un principio tuvo el visto bueno de la mayoría de los presentes, pero después quedó descartada por la acción de algunos hijos de italianos, quienes por tributo a sus antepasados desearon conservar la Sociedad como una institución independiente. Luis Manzi ocupó el cargo de asesor administrativo impuesto por Cañas.

Posteriormente sería elegida una nueva Comisión Directiva, que comenzaría a trabajar con la misma pasión que caracterizó a la Sociedad Italiana desde sus albores, continuando ese ánimo en los sucesivos mandatos hasta la actualidad.

En el año 1984, la Sociedad Italiana impulsó y ejecutó un plan integral de restauración edilicia, a fin de devolverle al Rossini el esplendor que tuvo en su inicio, conciente que el Teatro es uno de los pocos testimonios que tiene el pueblo de la laboriosidad y anhelo de progreso que tuvieron nuestros antepasados.

En el presente la Institución brinda diversos servicios a sus asociados, promueve la cultura general y la italiana particular, difundiendo el arte de ese país e implementando la enseñanza de su lengua, además de seguir abocada a obras de mantenimiento del edificio.

Los socios cuentan con descuentos especiales en las funciones de cine y los dis-

tintos espectáculos, como también en las prestaciones médicas del Hospital Italiano. Además, en la secretaría de la Sociedad se realizan tramitaciones a todos los abonados de la obra social médica prepaga "Italmedic", dependiente del citado centro de salud.

La oferta cultural de la entidad incluye ciclos de cine anuales con carteleras de estreno en el país, periódicos espectáculos musicales y funciones teatrales diversas, actuaciones corales y de danzas. Asimismo cede la Sala en alquiler a movimientos y expresiones particulares que requieren su uso.

En lo que atañe a la enseñanza del idioma italiano, en la Institución funciona desde hace 10 años una Escuela a tal efecto, avalada por el Consulado General de Italia. La misma utiliza programas enviados por el gobierno de aquel país. Son cursos populares de lengua y cultura italiana, que convocan actualmente a más de 200 alumnos de diferentes edades.

Es continuo el esfuerzo por mantener y restaurar permanentemente todo el edificio y las instalaciones. Los últimos trabajos le retornaron la movilidad al piso del teatro, cuyo mecanismo había quedado inutilizado por el paso del tiempo. También se refaccionaron y mejoraron los camarines, baños, secretaría, oficinas y zócalos de la fachada.

Como proyectos futuros, aguardan la remodelación del interior del hall del teatro y del bar, la instalación de calefacción y refrigeración de la Sala y acrecentar la enseñanza de la cultura y el idioma italianos.

*Que los valores impregnados en cada una de estas páginas sean la luz que ilumine nuestro presente y proyecte el futuro...*

Esta publicación es un homenaje de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos Vittorio Emanuele III, de Arequito, a todos los inmigrantes italianos que vinieron a poblar nuestra patria y a sus descendientes que conservan el espíritu progresista y tenaz de sus ancestros, al conmemorarse este año el 90º aniversario de la fundación de esta entidad y el 70º aniversario de la inauguración del esbelto edificio del Cine Teatro Rossini.

*Textos y diseño de tapa:* Alexis Milan.

*Impreso en:* La Frontera, Arequito, en el mes de junio de 2002.



La Frontera  
Imprenta editorial

## Índice

Prólogo.....	Pág.	1
Europa castigada.....	Pág.	2
Argentina, tierra propicia.....	Pág.	2
La inmigración.....	Pág.	3
De Italia al Nuevo Mundo.....	Pág.	6
Destino Arequito.....	Pág.	8
El campo, ofrenda latente.....	Pág.	9
El pueblo, un espacio social.....	Pág.	11
Terruño italiano.....	Pág.	14
Entregas y recepciones.....	Pág.	15
La prosperidad.....	Pág.	16
El legado de los italianos.....	Pág.	17
Añoranzas del renacer.....	Pág.	18
Los tiempos primeros.....	Pág.	21
Fiestas italianas.....	Pág.	23
La Sociedad Italiana.....	Pág.	26
La construcción del Teatro.....	Pág.	27
La inauguración.....	Pág.	29
Función social.....	Pág.	31
La Institución.....	Pág.	34
Índice - Fuentes.....	Pág.	37

### Fuentes:

- Jauregui Anibal; González Alba; Fradkin Raúl; Bestene Jorge: Historia 3. Editorial Santillana. Buenos Aires, 1991.
- Borgo Laura: En la tierra de promisión. Primera edición. Villa María, 2002.
- Alexander Abel: Imágenes de la Patria Vieja. Buenos Aires, 2002.
- Biella Bin: Hacer la América. Buenos Aires, 2002.
- Viglione de Arrastia Hebe; García Lía Claudia: Centenario del Departamento Caseros. Departamento Caseros, 1990.
- Larrambere Juan Alberto: El Ferro Carril Oeste Santafecino 1883-1901. 1997.
- Larrambere Juan Alberto: Historias de mis pagos. Inédito.
- Pugliese Domingo: Gli Italiani in Arequito. Arequito, 1911.
- Buratovich Tadeo: Reseña sobre Historia de la Agricultura local. Arequito, 1990.
- Coniglio María Elena; Damiani Gisella: Investigación y relevamiento de la Vivienda Urbana de Arequito -Período 1900-1930.
- Documentos varios pertenecientes al Museo Histórico y Archivo Comunal Arequito.
- Documentos varios pertenecientes a la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos Vittorio Emanuele III, de Arequito.
- Fotografías pertenecientes al Museo Histórico y Archivo Comunal Arequito.
- Aporte testimonial de: Carlos Muzzolón, Dante Bottazzi, Tadeo Buratovich, Carlos Mariani, Ofelia Raffanelli de Moriena, Mario Bottai, Antonio Ferrini, integrantes de la actual Comisión Directiva de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos de Arequito.